

UNA EXPERIENCIA CREATIVA EN LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDAD PROFESIONAL DEL TRABAJADOR SOCIAL DESDE LA CÁRCEL NACIONAL «LA MODELO»

CLAUDIA VÁSQUEZ DURÁN
Programa de Trabajo Social
Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca
cl8r7@hotmail.com

LUZ DARY RENDÓN
SCARLETT TOVAR
MÓNICA MONTAÑÉS
DIANA RINCÓN
Estudiantes de Trabajo Social
Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca

Artículo de Reflexión Recibido: agosto 1 de 2003 Aceptado: octubre 31 de 2003

Resumen

La construcción de identidad profesional es un proceso creativo que se desarrolla a través de la interacción con el otro; es lo que se quiere mostrar en las experiencias relatadas en este artículo. Se podrá evidenciar un camino de reflexión que parte de la pregunta para entender y hacer el cambio y la originalidad dentro del quehacer profesional. La teoría de George Mead, el «interaccionismo simbólico», presenta un marco general sobre el cual se orienta la discusión en torno a estos relatos.

Palabras clave: Identidad profesional, interacción con otros, reflexión, sí mismo, yo social.

Abstract

The construction of professional identity is a creative process that develops through the interaction with the other; this will be shown in the experiences described in this article. A way of reflection will be shown, which starts from the question to understand and to undertake change and the originality within professional work. The theory of George Mead, “symbolic interactionism”, gives a general framework to guide the discussion.

Key words: Professional identity, reflection, self, social self.

El proceso de construcción de la identidad profesional parte de la reflexión individual orientada hacia el reconocimiento y autoconocimiento, para encontrar en sí mismo los recursos bajo los cuales abordar una realidad social que ofrece incertidumbre y exige respuestas inmediatas a situaciones inesperadas. Para movilizar las fuerzas internas que le permiten a la persona dirigirse hacia la originalidad, se parte de tres instancias fundamentales: la conciencia (ser), la compasión (sentimiento) y la creatividad (acción).

Sin embargo, este aprendizaje sólo es posible desde la interacción con otros y es, por tanto, un proceso social. De esta manera, se toma como punto de partida la teoría del «interaccionismo simbólico» del filósofo estadounidense George Mead (1863-1931), para identificar un camino hacia la identidad profesional desde la confrontación dentro del quehacer fundamentalmente humano, propio del trabajador social. Mead construye su teoría en torno a cinco planteamientos básicos:

- Considera que el «sí mismo» (*self*) crece en el medio social en que se desarrolla. Mead identifica dos aspectos del «sí mismo»: 1) El «yo» (*I*) es el componente subjetivo del «sí mismo»; es el que experimenta, su tiempo es el presente, está compuesto de ideas y emoción; es espontáneo, impulsivo; 2) El «mí» (*me*) reúne las características de las personas que pueden ser vistas, oídas, medidas; representa el componente objetivo; contiene el pasado aprendido, el conocimiento de roles, situaciones e individuos, la conciencia de los valores sociales; provee la propia identidad. El «interaccionismo simbólico», entiende el «yo» como un componente subjetivo que mantiene un diálogo permanente con el componente objetivo que es el «mí» para permitir el desarrollo del «sí mismo» cuyos contenidos son conscientes.
- El otro generalizado de Mead (1934) es la comunidad organizada, el grupo social u otros individuos, que dan a la persona la unidad del «sí mismo».
- Mead establece un primer proceso fundamental en la consolidación del «yo social», a través de la conversación del «yo» y el «mí», lo cual facilita su desarrollo. Se trata de «tomar la actitud del otro» (*taking the attitude of the others*), proceso por el cual la actitud de otros afecta el «sí mismo», según lo planteado por Kimmel (1990). En esta interacción, el individuo se vuelve más eficiente en el grupo al que pertenece al interiorizar las conductas de los otros y sentir sus respuestas diferentes, e inclusive puede llegar a cambiar las actitudes de los otros, solamente en la medida en que haya logrado la respuesta de la comunidad en sí mismo.

- Mead también aborda el concepto de «conciencia de la propia identidad», el cual se refiere a la auto-conciencia. Corresponde al segundo proceso: «tomar la actitud del otro hacia sí mismo» (*«taking the attitude of the other toward itself»*), es decir, verse a través de los ojos del otro. Este proceso pone en juego la interacción entre «yo» y «mí», a partir de entenderse a sí mismo al objetivizar lo que se experimenta; permite el desarrollo del yo adulto al tomarse conciencia de los propios sentimientos, de seos, miedos y esperanzas. Cabe en este aspecto abordar la introspección como un proceso de objetivizar el yo interno, de adentrarse en él para entenderlo y así plasmar en palabras y pensamientos esta experiencia.
- Mead encuentra una estrecha relación entre el funcionamiento de la mente humana y el desarrollo del «sí mismo» a partir de percibir y entender el significado de la actitud del otro. Al abordarse situaciones fundamentalmente conscientes, parte desde la capacidad racional del individuo para analizar e identificar consecuencias futuras de su comportamiento. Para él, la mente no es más que la canalización de los procesos externos en la conducta del individuo con todos los problemas adjuntos. Es importante aclarar que no es la subjetivización de lo objetivo, pues simplemente el individuo no existe sin la presencia del proceso social que lo antecede; lo que él hace es entender, interpretar y transmitir.

Partiendo de la anterior exposición, podría plantearse que el «sí mismo» profesional del trabajador social involucra diferentes situaciones, bajo las cuales el «yo» y el «mí» interactúan en los procesos de relaciones al tomar la actitud del otro (*«taking the attitude of the others»*) y tomar la actitud del otro hacia sí mismo (*«taking the attitude of the other toward himself»*). De esta manera, el profesional va creando su identidad en una reflexión personal sobre su quehacer. En esta interacción, surge la posibilidad de realización de cambios tanto en el «sí mismo» como en los otros y, a partir de ello, es posible crear un marco potencial de desempeño creativo que se enmarca desde hacer, interactuar y reflexionar.

Las experiencias a las que se refiere este artículo tuvieron lugar en la Cárcel Nacional «La Modelo» de Colombia, durante los primeros cuatro meses del año 2003, con un grupo de cuatro estudiantes de Trabajo Social de séptimo semestre, durante la ejecución de su práctica académica en el nivel de intervención de grupo. En su desenvolvimiento se desarrollaron las siguientes etapas:

- Se identifica la situación educativa a abordar. Es un primer paso donde se busca fomentar el diálogo entre el «yo» y el «mí» para hacer objetivo lo subjetivo. Las estudiantes identifican sus miedos y expectativas frente al contexto a abordar.

- Surge un diálogo en el grupo en torno a las diferentes situaciones que emergen como resultado de los miedos; entre la conciencia y el sentimiento fluye la creatividad desde un proceso reflexivo a través del cual se encuentra un marco para la acción. Es sólo a partir del aprendizaje sobre el propio ser que aparece un estilo original bajo el cual se orienta el desempeño.
- Se hace un abordaje de técnicas para el desarrollo del pensamiento creativo y, con ellas, se construye un patrón de pensamiento para profundizar en el saber que cada uno tiene respecto al tema (condiciones específicas del grupo vulnerable a abordar). Así se inicia un trabajo escrito impregnado de subjetividad, en donde no hay ninguna consulta teórica inicial; allí sólo aparece una posición personal orientada por las creencias al respecto. Este trabajo se retoma en diferentes momentos durante la intervención, haciendo una confrontación respecto a las situaciones posteriormente vivenciadas y los preconceptos existentes frente a ellas.
- Con las evaluaciones de desempeño se retoma una reflexión permanente sobre los diferentes momentos de confrontación en los encuentros grupales. «Tomar la actitud del otro» y luego «tomar la actitud del otro hacia sí mismo» son los procesos centrales que llevan al conocimiento y a la autoconciencia, ejes del cambio individual y social.

Las distintas prácticas de las estudiantes en cuestión dieron forma a los relatos que a continuación se presentan. En ellos se dan a conocer los procesos de reflexión realizados como parte de la construcción e interiorización de la experiencia, los cuales creemos que constituyen un aporte para el profesional que quiera desempeñarse en este campo.

Valorando la tercera edad

«...Pensar en lo desconocido nos aterra. Los miedos son parte de la vida, pero cuando son infundados y confirmados por los estereotipos que nos presenta la sociedad, son aún más estremecedores.

«La Cárcel Nacional “La Modelo” constituye un campo de práctica penitenciaria que sólo hasta el primer semestre de 2003 es abierto para un grupo de profesionales, inicialmente conformado por cinco practicantes de Trabajo Social de las cuales cuatro continúan hoy. Ellas serían las responsables de abrir o de cerrar definitivamente las puertas de esta práctica. El proceso por desarrollar allí estaría determinado por el trabajo con grupos vulnerables, uno de los cuales era el grupode la tercera edad, el más numeroso de todos.

«En principio, ninguna de las practicantes quería asumir este grupo, dadas las aclaraciones y observaciones efectuadas en encuentros con profesionales de la institución con respecto a elementos como las medidas de seguridad que se deben tener durante la inducción, los estereotipos impuestos a este tipo de población, el gran tamaño del grupo, el delito por el cual se encuentra la gran mayoría de ellos —en este caso, el de “violación”— y su condición de hombres adultos mayores con características difíciles de trabajar.

«La obligación de trabajar con un grupo sin tener la oportunidad de elegirlo y por el cual inicialmente se experimentaba miedo y rechazo me logró confundir, más cuando debí asumir su intervención en reemplazo de quien iba a desarrollarla en inicio, pues tal persona no continuó dadas las características de la población carcelaria y sus condiciones propias.

«Para iniciar, es necesario ofrecer una explicación de la situación actual en “La Modelo” desde el punto de vista profesional como trabajadora social y, ante todo, como mujer. Es importante retomar los miedos, angustias, incertidumbres y demás sentimientos que experimenté cuando ingresé por primera vez a esta prisión y que se mezclaron con el orgullo de observar el reconocimiento de mi profesión entre los reclusos, a partir de nuestro acompañamiento en la búsqueda de alternativas y en la movilización de recursos frente a los continuos inconvenientes en la vida social del interno, tratándolos con la sensibilidad y humanidad requeridas por sus condiciones particulares.

«Como mujer me absorbe el desnudar el alma constantemente ante los sufrimientos que se ven a diario, cuando el interno llora o cuenta sus angustias con temor a ser escuchado por otros reos con rango de poder y liderazgo, esperando un instante de atención y comprensión ante la verdad que brota de su interior, cruel y, muchas veces, en contra de los valores morales y éticos socialmente establecidos. Sólo es necesario escucharlo en silencio. La impotencia de no poder separar los sentimientos que se encuentran, no saber si sentir rechazo por las atrocidades que presentan o si sentir compasión de alguien que sufre y requiere un gesto de aceptación, son la muestra de lo que se vive desde el momento en el cual se ingresa al patio donde se realiza la intervención de grupo.

«No todo proceso que se realice con diferentes individuos es predecible en su orientación hacia el logro de resultados positivos, más aún, cuando se lleva a cabo con hombres ligados a sentimientos de odio, tristeza, resentimiento e inconformidad ante los demás; cuando sus valores como seres humanos son quebrantados abruptamente por la misma sociedad en la que se encuentran inmersos.

«El grupo de la tercera edad está conformado por hombres cuyos sentimientos encontrados generan diferentes reacciones al intentar replantear formas de vida estáticas, junto a un deseo fehaciente por salir de allí, el cual motiva recaídas en el estado de ánimo donde predomina la soledad como única compañera. Encontrarse alejados del ser amado, de la familia, los amigos, el grupo de vecinos, entre otros, es causa de que las demás manifestaciones propias de la vejez, como los problemas de salud, lleguen y se agudicen, generando en el mismo hombre y en los que se encuentran agrupados a su alrededor un sentimiento de rechazo ante todo lo que les represente novedad.

«El primer acercamiento a la población, justo en el momento de llenar la ficha social, nos relacionó directamente con ellos; no importó si se tenía miedo o no, lo único que hicimos fue soportar la mirada perdida de cada uno de los que contestaban las preguntas sin importarles cómo o qué tipo de respuesta daban. Para iniciar la primera sesión con el grupo de tercera edad, se citaron varios de los integrantes ubicados en el patio pasando el tiempo, algunos tomando el sol, jugando y apostando dinero, otros sentados pensando y alejados de la realidad, como lo hacen todos en el penal en gran parte del día.

«El monitor del patio, un hombre respetado por todos, es quien anuncia la reunión, por no decir que es quien los obliga a estar presentes, asunto que causa malestar tanto para el grupo de los que están presionados como para mí. La angustia fue por instantes insoportable, especialmente al ver las caras de desagrado y las miradas de odio de estos hombres, sin esperar ni escuchar lo que les venía a presentar. Quería salir corriendo ante los gestos y los reclamos hechos en contra de las políticas del Inpec¹, del cual tenían la firme convicción de que era funcionaria;

¹ Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario de Colombia.

sus reproches no paraban y se hacían más fuertes a medida que pasaba el tiempo. La sesión planeada para dos horas —y en la que tan solo se quedaron una hora— terminó con la sensación de no querer volver a enfrentar un espacio de agresividad difícil de soportar. Sólo la posterior retroalimentación del equipo de trabajo me motivó a continuar el proceso.

«Para el segundo acercamiento, el cambio fue radical. El traslado del lugar de reunión —en el patio en vez del corredor—, la asistencia de un grupo de 47 integrantes, y enfrentar los miedos estableciendo claridad entre el grupo, el proceso a ejecutar y mi papel como profesional y mujer, generaron resultados en el camino hacia el trabajo conjunto. Aquí no demostré inseguridad; por el contrario, hubo firmeza y compromiso en mis palabras, y eso justamente les motivó a continuar conmigo hasta el final de la sesión. Nadie fue obligado esta vez; todos llegaron por voluntad propia, participaron de las actividades positivamente y, al final, el reto fue cumplido tanto para el grupo como para mí. Presentar una imagen de

mujer fuerte pero sensible en cuanto a sus conflictos sirvió de gancho para el grupo y, a su vez, éste se fue mostrando como lo que en realidad era sin anteponer máscaras de rudeza.

«La comprensión de los conflictos que se tienen e intentar dar una salida positiva a estos han sido los medios utilizados para conducir el proceso de intervención. Un proceso lento por el tiempo tan reducido para abordar las diferentes situaciones y difícil por las condiciones de hacinamiento de los internos que van unidas a la tristeza por la ausencia de estímulos familiares. La tristeza es lo que predomina en el fondo de cada uno de ellos, compitiendo con los males del cuerpo que no dan espera, lo que hace más infructuoso el camino por donde deben transitar y desde donde se busca arrancar a ese ser individual para enfrentar, a veces sin fuerza, las condiciones de la vida diaria. Por eso, integrar al individuo colectivamente con sus semejantes, justo con aquellos que pasan por el mismo sendero con más o con menos cargas, representa un camino justificado y valioso en el proceso de intervención.

«Hasta el momento, los encuentros que se han logrado concertar para integrar al grupo en el proceso han concebido frutos. Se ha generado, por ejemplo, un ambiente de unión y de apoyo a través de un conocimiento mayor del otro, permitiendo que éste se muestre y se comunique sin miedo al rechazo o a la burla. La interrelación generada a través de los talleres ha buscado canalizar sentimientos individualistas, encauzándolos asertivamente hacia el desarrollo grupal. Cada integrante demuestra cambios en la forma de comportarse frente a los demás: sus opiniones y planteamientos son respetados y aceptados, no por sentirse obligados a hacerlo por la coordinadora del proceso, sino porque él mismo se ha ganado su lugar y se ha posicionado en el grupo, sintiéndose estimulado a participar y demostrando su capacidad para cambiar su concepción de distanciamiento frente al otro. Los estímulos han sido otro punto clave al movilizar fuerzas dentro del grupo, ya que se ha considerado necesario motivar constantemente a los internos con actividades que les generen cambios de ánimo.

«¿Qué ocurre hoy en un grupo conformado por un total de 37 participantes en todas las sesiones? ¿Hasta dónde se ha llegado? ¿Cómo hemos evolucionado? Tanto ellos como la mujer profesional —quien a su llegada al salón de reuniones percibe ahora un aire de cordialidad, simpatía, galanteo y afecto— han cambiado de manera evidente. La trabajadora social, en el corto tiempo de estar frecuentando a los internos, se ha convertido en quien les proporciona un ambiente donde pueden ser ellos mismos, sin temor a ser rechazados, e incluso donde hacen bromas y participan jugando como se requiere en el momento. De esta manera, los mismos internos son quienes ahora luchan por este espacio, corto pero motivador en sus vidas, creado para hacer más humana la condición en la que se encuentran».

Construyendo identidad profesional a partir de la praxis

«...La situación que viven las personas en la Cárcel Nacional “La Modelo” no es un problema de delitos, de culpables o inocentes, de infractores, engaños, desilusiones o encrucijadas de la vida. Es un problema de todos pero sin responsables, lo que se constituye como una de las tantas inconsistencias del Estado colombiano, e incluso de la misma vida. Aunque para muchos individuos sea un problema más, una realidad indiferente, aterradora o que simplemente les conmueve, en el penal viven personas con sueños y anhelos, con capacidades, aptitudes y múltiples facultades, intentando rehacer sus vidas. Pero también se encuentran aquellos en los que, perdida la esperanza, las oportunidades de trabajar dignamente y de construir un futuro, sólo queda continuar con lo que los llevó a la cárcel. Tal como lo expresó Fedor Dostoievski en su obra *Crimen y castigo*, “cada uno de nosotros es culpable ante todo, por todos y por todo”. Por tanto, el castigo que el hombre ha impuesto a su especie consiste en limitar la existencia del otro; en aislar, retener y condenar lo que socialmente se considere “mal”.

«Mediante los procesos más simples pero tan significativos que el ser humano posee, las capacidades de interactuar y de comunicar se trasladan como herramientas hacia una experiencia de práctica cuyo resultado ha de ser la construcción y el reforzamiento como profesionales, pero, principalmente, como personas. Es dentro de ese proceso de interacción donde el profesional se hace y se piensa como tal; es a través de la población a intervenir como se construye, como establece posturas metodológicas y como implementa el material teórico y lo hace coexistir con la población. Son ellos los protagonistas y el trabajador social es un observador y analista de sus existencias, de sus problemáticas, situaciones y saberes, de sus construcciones personales y sociales, bajo el contexto socioeconómico y cultural que los determina.

«Este proceso, más que una práctica, se ha constituido en un profundo conocimiento de la vida, de mí misma y de las múltiples situaciones a las que pueden estar abocados los seres humanos en cualquier momento. Tengo que confesar que experimenté muchas sensaciones encontradas: por una parte, el temor y la angustia de enfrentar cientos de miradas, de peligros, de hombres y de estereotipos sociales, atendiendo a las recomendaciones de los colegas, mi familia y amigos; y, simultáneamente, tenía ansiedad por conocer a los miembros del grupo por intervenir, identificar quiénes eran, en qué condiciones vivían, cómo responderían al proceso, en qué consistía su cotidianidad, cuáles serían sus problemas, situaciones y necesidades.

«Opté, entonces, por realizar la intervención en el grupo de personas con discapacidad física, cuyo pabellón se denomina “Piloto 2000”. Además de que

no conocía las condiciones de sus integrantes, sin mencionar que era mi primera experiencia en intervención grupal, las características de vulnerabilidad propias de su discapacidad contribuyeron considerablemente al surgimiento de un sinnúmero de preocupaciones y de retos que aún persisten.

«Paralelamente, se desarrolló un trabajo desde el ámbito académico que consistió en escribir sobre los imaginarios frente el grupo, recurriendo a técnicas de creatividad para hacer la construcción de un pre-diagnóstico sin haber tenido contacto alguno con el grupo. Este ejercicio académico permitió empalmar la revisión bibliográfica sobre el tema de la discapacidad física con mis cuestionamientos, miedos y percepciones frente a la cárcel, los integrantes y lo que consideraba como problemas para ellos. Aquello, sin duda, significó que me apropiara del proceso que desde ya estaba llevando a cabo, porque a pesar de no conocerlos estaba informándome sobre aspectos relacionados con la discapacidad física, los niveles, los cambios físicos y emocionales, las relaciones familiares y con la sociedad, la autopercepción, entre otros.

«En principio fue difícil escribir sobre una situación basándome únicamente en comentarios, testimonios, elementos conceptuales y criterios que había construido. Sin embargo, a través del tiempo reconocí cómo por medio de la interacción se generan verdaderos diagnósticos y, principalmente, pude confrontarme como profesional, respecto a la incertidumbre y prejuicios asumidos culturalmente y distorsionados ante la realidad.

«La experiencia y las decisiones van marcando nuestro camino, van moldeando intereses profesionales, van reevaluando los criterios, funciones y métodos. Pero, primordialmente, la experiencia es como la pintura que da vida al lienzo; un lienzo de múltiples colores, tintes suaves, fuertes y traslúcidos, porque dentro del proceso de intervención con una población cuyas características y condiciones envuelven a la misma en estados de depresión, culpabilidad, venganza, desconfianza y soledad, hay una gama multicolor de personas con construcciones de mundo diferentes, con condiciones distintas, en un ambiente donde hay que callar y cumplir para vivir.

«Recuerdo claramente el primer contacto con los integrantes del grupo, desarrollado por medio de la aplicación de fichas sociales elaboradas por el Inpec. Estar en el ambiente de ellos y representar una figura de “autoridad” y novedad generaron curiosidad por identificar quién era yo, de dónde venía y qué trabajo desarrollaría. Por mi parte, me sentía bastante observada, analizada, sentía miedo; pero aquello era el inicio y eso era fundamental. Inicialmente, la propuesta no causó un interés significativo en la población, pero tener con quién dialogar, colaborar y sustraerse

de esa rutina del papeleo con los abogados o del giro que aún no llegaba, permitió establecer los primeros contactos con los integrantes del grupo, los ordenanzas y el monitor del patio. Así mismo, permitió identificar cuáles eran sus principales discapacidades físicas, su distribución del pabellón, qué hacían y cómo eran.

«Uno de los momentos de mayor tensión fue el primer taller. Estaba ansiosa al enfrentarme a un grupo conformado solo por hombres, quienes en muchas ocasiones habían logrado intimidarme con facilidad. Además, asumir la posición de líder con un grupo de 30 personas y con otros profesionales observándome, me produjo angustia al iniciar; no obstante, ésta se fue superando con el transcurrir de la reunión. Este fue, sin duda, el momento más significativo, pues ellos lograron que yo reconociera la importancia de la intervención y valorara mi actuar profesional, ya que con sus aplausos y comentarios, no solo me generaron satisfacción, sino lograron que creyera en la carrera y en mí.

«Durante el transcurso de la intervención, el aprendizaje que he adquirido ha sido notable y diverso: implica no solo la dimensión académica —el análisis de un grupo, la identificación de los problemas en la dinámica del mismo, los roles asumidos por los integrantes, etc.—, sino además ser testigo de múltiples relatos de vida que describen la situación crítica del país, desde el conflicto armado hasta la violencia común, la pobreza, la injusticia y el narcotráfico. De la misma manera, he tenido muchos encuentros con este mundo, con experiencias indescriptibles de sus protagonistas y conmigo misma, disponiendo situaciones donde olvidamos el pasado, los motivos por los que están en la cárcel y, simplemente, interactuamos como personas. También hay momentos que han traído a colación mis principios como trabajadora social, en especial, el constante encuentro entre el desespero y la resignación de los internos.

«Dentro de las relaciones que he establecido con los integrantes del grupo, no todas se han manifestado en términos de amistad. Una gran mayoría de estos hombres, cuya estabilidad emocional ha experimentado problemas, fijan en la profesional la oportunidad para demostrarse a sí mismos y al grupo sus facultades para seducir, conquistar, ofrecer obsequios y tal vez encontrar una oportunidad o, simplemente, disfrutar de una compañía. Aunque intento comprenderlos y establecer una posición profesional, muchos de ellos idealizan y distorsionan la relación, estableciendo disputas, obsesiones y términos conflictivos con la profesional. De allí se desprenden reflexiones en cuanto a la interacción entre el profesional y los integrantes del grupo.

«Por otra parte, se han identificado cambios dentro del grupo relacionados con el objetivo de la intervención, ya que se han logrado romper, de alguna manera, las

barreras y defensas individuales y, así, compartir un poco de sus vivencias, criterios y opiniones y evaluar sus actitudes frente a sí mismos y a su familia. También ha sido posible establecer centros de interés y he empezado a definirme como profesional, a encontrar un estilo, una manera de abordar, de ser. Esta experiencia exige al profesional una profunda evaluación y exigencia de sus capacidades, actitudes y conocimientos, las cuales demandan una integralidad en el abordaje de la realidad social, abandonando los prejuicios morales para comprender y no juzgar el estilo de vida del otro.

«A través del contacto con grupos y la posibilidad de liderar los procesos, establecer las normas y estructurar el objetivo de intervención, es como en la práctica se replantea el rol del profesional, ya que de acuerdo con las necesidades y la naturaleza del grupo, el trabajador social debe luchar contra una percepción de “asistencialismo social” frente a la actitud negativa de algunas personas, las exigencias y limitaciones institucionales. Siguiendo el objetivo y la orientación de la acción, el principal rol desarrollado por el profesional ha sido el de facilitador de procesos, donde la identificación de los centros de interés en el grupo es la base para desarrollar la gestión; el grupo es el contexto y apoyo para que el individuo logre cambios significativos en su vida.

«No basta con identificar las situaciones o posibles problemas generados para conformar un grupo. Las condiciones de aislamiento, soledad, angustia y el silencio forzoso, tanto como el acatamiento de normas impuestas por grupos al margen de la ley —que gobiernan, no solo el campo colombiano, sino incluso los centros penitenciarios—, son elementos que generan zozobra y preocupación constantes. La intervención profesional no deja de ser tan solo un atenuante ante las múltiples necesidades afectivas, económicas, políticas y, sobre todo, sociales: se vive en condiciones de hacinamiento, pobreza, insalubridad y tensión, y a la expectativa de que el abogado haga todo lo posible por solucionar el caso, por descontar y acelerar la condena; otros muchos ya no cuentan con motivos para salir de prisión.

«...Espero que desde mi experiencia se pueda percibir de otra manera a quienes por sus equivocaciones han generado el rechazo social e incluso el señalamiento como sujetos indeseables y merecedores de la muerte. Ellos son también artistas, doctores, poetas, pintores, escultores... Mientras unos buscan oportunidades de vivir, otros han hecho una valoración distinta de la sociedad, de lo que significa e implica sobrevivir en ella».

Vicisitudes de «Nuevo Milenio»

«...Entrar a realizar una práctica académica de grupo en el área carcelaria dejó fluir sentimientos de interés por este trabajo, ya que era algo que siempre había anhelado durante la carrera y que me representaba una experiencia única como persona y profesional. Al ingresar al penal, comenzó una serie de cuestionamientos dirigidos al quehacer del trabajador social, la aceptación de los grupos, el trabajo por realizar con apoyo de otras compañeras, el momento de la intervención, etc. Tal vez, en ese momento, aquellas inquietudes se mezclaron con las recomendaciones tan explícitas de la trabajadora social de la planta de la cárcel y el deseo de entrar al penal por primera vez.

«Se pensaba que el primer acercamiento con los grupos iba a ser en un tiempo muy corto, pero desafortunadamente la espera para tener contacto con la población se fue prolongando por factores exógenos al grupo. Esta situación creaba cada vez más la ansiedad de conocer un mundo que para muchas personas puede ser novedoso y retador, pero que otras prefieren no tocar.

«En principio, estaba planteada la posibilidad de trabajar con el grupo “Nuevo Milenio” de la cárcel, constituido por homosexuales portadores de VIH, pero por situaciones propias de la institución no era posible seguir con este proyecto de intervención. Sentí una gran desilusión, ya que consideraba necesario participar en la movilización de procesos de desarrollo dentro del grupo con una población cuyas características demandaban un abordaje profesional. Con la perseverancia para cumplir este compromiso y, por otro lado, con la resistencia a cerrar espacios de intervención del trabajo social con uno de los grupos vulnerables de la institución, se logró finalmente la oportunidad de comenzar un acercamiento directo con quienes requerían el reconocimiento y la atención dada a cualquier otro grupo de internos.

«Comenzaron las revisiones bibliográficas para adquirir herramientas que permitieran un manejo adecuado en el momento de la intervención, y fue aquí donde se encontraron versiones, teorías y corrientes que tratan de explicar la homosexualidad y que contrastan con una realidad donde aún se ve con mucha frecuencia el rechazo frente a quienes por sus elecciones particulares son excluidos, olvidándose de su condición de seres humanos.

«Pienso que más allá de conocer la problemática, hoy, en nuestro medio, el reto es actuar, si realmente se trata de reconstruir la vida de personas que buscan hacer menos críticas sus condiciones de convivencia en la cárcel. Por esta razón, para intervenir dentro del grupo “Nuevo Milenio”, se hizo necesario llevar a cabo un

diagnóstico que permitiera un conocimiento real y concreto de la realidad a la que iba a enfrentarme. De esta manera, se dio paso a la acción teniendo en cuenta las necesidades existentes.

«Entrar a describir una experiencia grupal con la población homosexual portadora de VIH es algo que como profesional y como persona refleja un sinnúmero de situaciones, pensamientos, percepciones y realidades, rescatados a través de la interacción con ellos. A la vez, se retoma uno de los principios básicos del trabajador social, dirigido a contribuir en proporcionar la mejor atención posible a todos aquellos que requieran ayuda y asesoramiento, sin discriminaciones injustas basadas en diferencias de sexo, edad, incapacidad, color, clase social, raza, religión, lengua, creencias políticas o inclinación sexual.

«El trabajo no ha sido fácil, aunque se están logrando objetivos encaminados a minimizar situaciones inhibitorias del desarrollo grupal. Los primeros contactos con la población mostraron de manera explícita un clima disímil al de los otros grupos vulnerables de la institución carcelaria. Por un lado, se encontraba la expectativa de aquellas personas que no habían llevado con anterioridad un proceso de grupo y que querían participar de algo que todavía no era totalmente claro; por otro, la soledad y la depresión expresada en las diferentes sesiones.

«El primer contacto que tuve con ellos fue al momento de diligenciar las fichas sociales requeridas por la institución carcelaria. Pude acercarme de manera directa a la población; ellos, por su parte, se mostraban dispuestos a participar en las sesiones y colaboraron con agrado. Al llevar a cabo la primera sesión, se compartieron experiencias individuales que dejaron entrever la falta de participación y la inseguridad al hablar frente a sus compañeros.

«A través de las diferentes sesiones se fueron manifestando comportamientos que se salieron de mis manos y que dejaron al descubierto sus sentimientos de insatisfacción frente al rompimiento de los lineamientos planteados. Esta fue una de las razones para entrar a evaluar aquellas situaciones obstaculizadoras que no permitían el progreso del grupo y, a la vez, cambió el rumbo de lo que hasta el momento se estaba haciendo dentro del proceso de intervención.

«Comencé a buscar soluciones y a confrontarme, teniendo en cuenta los miedos que acarreaba el perder el manejo del grupo; así se hizo necesario descubrir situaciones novedosas capaces de propiciar respuestas efectivas para su desarrollo. Esto, finalmente, fue lo que motivó la iniciativa de continuar un camino ante el cual no debía renunciar a pesar de los obstáculos.

«La situación es aún más compleja si se tiene en cuenta la condición de portador de una enfermedad infectocontagiosa —VIH, en este caso—. A esto se añade el aislamiento en el cual surgen sentimientos de falta de apoyo. De allí que haya que pensar en lo que estas personas quieren y anhelan para poder llevar una vida «normal». Es sorprendente ver cómo, incluso, la idea de la exclusión ha creado un estilo de vida particular: ya les gusta sentirse y vivir así.

«El hecho de constituir una población de portadores de VIH, algunos homosexuales y otros travestís, exige mucho como persona y profesional para poder abordarla. Esto no debe dejarse de lado al entrar a comprender las reacciones y conductas obstaculizadoras en las cuales se reflejan secuelas de la infancia, de la relación con sus padres, del descubrimiento de su homosexualidad y del proceso de su enfermedad, pero, primordialmente, de su enfrentamiento a una realidad donde por tradición existen pautas, normas y comportamientos que no permiten una aceptación total de otras formas de vida.

«Por otro lado, el encierro, las condiciones en las que se encuentran y la falta de educación han llevado a la mayoría del grupo a elegir caminos equívocos. Uno de ellos, tal vez el más perceptible, es la drogadicción que, sumada a la desesperación de pagar una condena, conduce a las personas a una salida fácil con el fin de evadir una situación dolorosa y difícil de confrontar, sin pensar en las consecuencias físicas y psicológicas que pueden desencadenarse.

«Hasta el momento, muchos de ellos no se han percatado del apoyo que puede representar el grupo; tienen características comunes entre sí, pero desafortunadamente no quieren concebirlo como una alternativa para salir de sus problemas individuales y, en cambio, prefieren continuar en ese círculo al que ya están acostumbrados a vivir. Cuando se llevan a cabo las sesiones, algunos se muestran indiferentes al proceso, aunque en el fondo sienten que lo necesitan; esto se nota en el interés posterior de entrar al grupo a compartir experiencias de apoyo para el crecimiento personal.

«El acercamiento a la población ha despertado el interés por comprender aquellos comportamientos que varían de un día a otro. Aunque se trata de un grupo pequeño, no se ha manifestado cohesión entre sus miembros; les gusta más trabajar individualmente y les es muy difícil expresar sus sentimientos ante los demás, ya que en repetidas ocasiones la palabra no es respetada. Últimamente, se ha percibido en el grupo la pretensión por buscar semejanza e intercambio de intereses entre ellos mismos.

«No se debe olvidar insistir en la condición de persona de cada uno de los integrantes del grupo, ya que ello los hace sentir merecedores de oportunidades

de superación con las cuales puedan generar cambios para potencializar y reforzar conductas que con anterioridad han venido derrumbando su estabilidad como seres sociales. Son personas que necesitan de una reintegración social para poder vivir, a pesar de estar privadas de la libertad, y que cuentan con el derecho a luchar porque algún día estén fuera, viendo la posibilidad de reconstruir su vida.

«De la misma manera, son seres humanos obligados a sentirse diferentes por reglas sociales muchas veces injustas, irracionales o inútiles. En lo que a esta población se refiere, esas diferencias radican con frecuencia en haber experimentado la marginación, el desprecio o la burla; pero también esas experiencias del dolor han constituido lecciones aprendidas y consolidadas en capacidades de supervivencia, de resistencia, de organización.

«En este momento, la población se encuentra descubriendo intereses comunes que pueden facilitar el proceso de grupo. A partir de ello, se dirige la intervención a un objetivo general construido en conjunto, desde las manifestaciones individuales, lo cual permite encontrarle sentido a lo desarrollado. No obstante, se expresa un sentimiento de impotencia por parte de algunos al no poder estar cerca de sus familiares durante un largo tiempo. Lo único que ellos desean es salir; salir para empezar un nuevo camino que pueda guiar su vida hacia un mejor mañana. Entre alegrías y tristezas empiezan y terminan los días en el grupo “Nuevo Milenio”, algunos con la ilusión de salir en pocos meses, otros resignándose a lo que todavía no han podido asimilar.

«...Existe otra etapa del proceso en la que el profesional asume con tristeza su finalización. El tiempo ha sido muy corto, pero se ha generado afecto. El hecho de compartir con el grupo intervenido es otra manera de vivir, inmerso dentro de un mundo que puede brindar muchas experiencias en la construcción de persona y dejan huella en el largo caminar como profesional. El interés es dotar al grupo de herramientas para seguir creciendo y construirse a partir de sus propias vivencias».

Más que una experiencia

«A través de este relato se pretende reunir una serie de significados relevantes en la intervención profesional, teniendo en cuenta aspectos que permitan ubicar al lector en las situaciones subyacentes dentro de un centro penitenciario, en este caso, la Cárcel Nacional “La Modelo”, y así tener una visión general de la parte humana existente en aquella pequeña Colombia que se encuentra inmersa en la dinámica de este establecimiento.

«Teniendo en cuenta que la institución carcelaria se presenta ante la sociedad como una organización racional, diseñada para la reforma y adaptación de los reclusos, se puede observar que una de las funciones que debe cumplir es la “resocialización” del interno, con el fin de integrarlo nuevamente a la sociedad.

«La privación de libertad a la cual es sometida una persona encerrada en prisión conlleva, inevitablemente, un considerable distanciamiento de la familia, de las amistades, del entorno social, que aumenta cuando el recluso es trasladado a cientos de kilómetros de su lugar de residencia. Esta situación obliga al preso a tratar de mantener esos contactos por todos los medios, en una lucha vital por su subsistencia, en ocasiones obstaculizada por las condiciones de seguridad necesarias en este tipo de instituciones. Se generan, de esta manera, sentimientos de soledad, baja autoestima y frustración que chocan con el diario subsistir, como producto de una superación truncada al encontrarse en un establecimiento aislado de la sociedad, cumpliendo con una pena que obstaculiza muchos sueños y deseos.

«Ante esta situación, en el sistema carcelario se han implementado espacios de ocupación del tiempo libre en actividades que, por una parte, sustraen a los reclusos de la situación por la cual atraviesan y, por otra, permiten llevar a cabo una constante retroalimentación a través de talleres formativos. La labor como practicantes de trabajo social se enmarca en este contexto, haciendo uso de un método que debe tener claridad sobre los distintos esquemas de comportamiento y dinámicas, así como de las diferentes capacidades mentales y tipos de delitos, para de esta manera cumplir con un objetivo funcional.

«Es evidente que, en muchos de los reclusos, el sentimiento natural de grupo no existe o ha sido desviado o interrumpido en un grado primitivo de desarrollo. El trabajo con la población educativa, nivel de alfabetización, ha permitido observar la heterogeneidad de comportamientos, edades, estratos, intereses, entre otras condiciones, bajo la cual debe fomentarse el sentimiento de equipo. A esto se suma la incertidumbre de una practicante, enfrentada a una población tachada por la sociedad, que se ve obligada a asumir sus miedos y a actuar en una situación que pide a gritos atención.

«A través del contacto directo con el grupo, se empezó a visualizar a la practicante como quien en dos horas cada ocho días da alegría a sus vidas y disminuye las tensiones presentes, por medio de sus diferentes enseñanzas y actividades. Este aspecto genera en la profesional sentimientos de entusiasmo y orgullo; sin embargo, no deja de preocupar la situación de aquellas personas que, al encontrarse en soledad y distanciadas de sus seres queridos, buscan el afecto de una manera inadecuada, a través del asedio permanente con insinuaciones y coqueteos. Una confrontación entre lo objetivo y subjetivo lleva a revalorar de esta manera los diferentes principios

profesionales, ya que a pesar de ser conciente de su compromiso con la aceptación, independientemente de las diferentes condiciones, se hace inevitable sentir cierto grado de apatía por algunas personas. En mi caso debí luchar con mi rol profesional y la situación personal de rechazo frente al acoso; esto me obligó a cuestionarme sobre la forma de abordar estas situaciones, buscando ayuda y apoyo en otros profesionales, para de esta manera enfrentar la situación de modo asertivo, evitando hacer daño a un tercero.

«La Cárcel “La Modelo” es considerada la segunda más peligrosa del mundo. Esto produce en la sociedad una serie de tabúes y mitos que de una u otra manera determinan negativamente nuestra visión hacia ella; pero falta estar allí y enfrentarse a la situación que emerge dentro de esta institución carcelaria, para poder en realidad hacernos un concepto de ella. Generalmente, cuando pensamos en la Cárcel “La Modelo”, lo primero que viene a nuestra cabeza son delincuentes, hombres que cometieron una violación, un homicidio, un desfalco, un secuestro, etc.; así, nos dedicamos a concebir estos hombres como seres que deben estar lejos de la sociedad, por no decir muertos, sin darnos cuenta de la infinidad de problemáticas que sufren y sus innumerables necesidades insatisfechas, tanto afectivas como materiales.

«En la Cárcel Nacional “La Modelo” se encuentra una distribución de diferentes grupos de acuerdo con sus características; así mismo fuimos ubicadas las estudiantes, para hacer la respectiva intervención grupal a cada uno de los grupos en mención. Cada una debió observar las características, problemáticas y necesidades de las personas, viendo más allá de un delito; palpando aquella realidad social latente en el contexto carcelario y dejando de lado los prejuicios, estereotipos y preconcepciones con los cuales se comúnmente se llega. Esto llevó a las estudiantes a poner en práctica el rol profesional y a hacer uso de una serie de técnicas y principios propios de la carrera, como lo son el de la aceptación y el no juzgar.

«El proceso de intervención grupal se tornó complejo, ya que la población a trabajar (educativa) era totalmente desconocida y generaba miedos, dudas y expectativas dentro de la intervención. Constantemente, me cuestionaba si la labor que se ejecutaría sería útil, aceptada o rechazada; si mi integridad física correría peligro o si dejaría en buen nombre tanto a la universidad como a la profesión. Por otro lado, se encontraba un sistema familiar que, aunque preocupado por el contexto en el cual me debía desenvolver, me motivaba a considerarlo como un reto en la vida profesional, convirtiéndose para mí en un triunfo más por alcanzar.

«A medida que se desarrollaban las sesiones de trabajo con el grupo por intervenir, me di cuenta de que, aunque estas personas habían cometido un error, no habían

dejado de lado sus principios y valores, seguían siendo *humanas*. A través del relato de sus experiencias y vivencias dentro de la cárcel, me nutrían y me incentivaban para seguir mi labor social, replantearme una serie de metas para seguir adelante y dar todo de mí para contribuir a generar un cambio útil en sus vidas.

«La influencia no es solo de la profesional hacia los internos sino de ellos hacia la profesional. La heterogeneidad de personas que se encuentran dentro de la cárcel —intelectuales, analfabetas, adineradas, personas de muy bajos recursos, etc.— da a la profesional una serie de bases para palpar la realidad social existente en el área penitenciaria, en cuanto a los diferentes grupos sociales que emergen en ella y a las jerarquías de poder suscitadas de acuerdo a las diferentes situaciones que allí tienen lugar.

«La experiencia en el área penitenciaria ha generado un cambio en mi pensamiento, respecto a las personas que se encuentran allí dentro, pues es mayor el peligro en las calles que el que se encuentra allí. Debemos dejar de lado los estereotipos y los preconceptos. Hay que conocer para hablar, ya que hay que “vivir la experiencia para contarla”...».

Reflexiones finales

Estos relatos permiten identificar situaciones a través de las cuales el profesional se confronta desde su quehacer en un proceso que parte de verse en los ojos del «otro generalizado» —mentor, otros profesionales, grupos o sujetos de intervención—. Pero, además, trasciende hacia el replanteamiento de los propios preconceptos para materializarse en acciones y comportamientos orientados a transformar una realidad e inclusive a ese «otro generalizado». Es un movimiento elíptico de crecimiento dirigido a partir de la reflexión continua y abierta, valiente y sin juicios, para asumir con honestidad los límites que marcan una brecha entre la teoría y la práctica, entre el ser y el deber ser.

El profesional no es ajeno a la situación que lo antecede; sus ideas, prejuicios y valoraciones son el resultado del aprendizaje social, de las normas éticas bajo las cuales actúa, de sus miedos y esperanzas, de la presión existente en su medio familiar y social. De igual manera, el contexto a intervenir está presente aún antes de su llegada, con condiciones ya dadas por la interacción de los otros y las relaciones de poder que allí tienen lugar, porque el «otro generalizado» también tiene una forma particular de pararse en el mundo y mirar al profesional. El primer encuentro está determinado por tales antecedentes; no obstante, la relación cambia en el tiempo y el vínculo se fortalece, ambos resuelven en ese intercambio

sus necesidades de reconocimiento, aprobación, afecto, conocimiento, compañía, realización, etc.

La identidad profesional se va construyendo en esta relación. El trabajador social comienza siendo un observador, aproximándose poco a poco a la problemática, con todas las limitaciones ya expuestas. En ese camino, adquiere una forma particular de interpretar la realidad y de esta manera orienta su acción teniendo en cuenta aspectos como:

- Las consideraciones éticas establecidas por la profesión, con las cuales permanentemente entra en conflicto a partir de situaciones ambiguas que dejan lugar a cavilaciones y antagonismos internos entre lo bueno y lo malo.
- Los comportamientos de género establecidos socioculturalmente determinan la relación profesional con ese «otro generalizado», motivando transferencia de sentimientos, rechazos y prejuicios bajo consideraciones valorativas de respeto.
- Como resultado de las conductas reactivas del «otro generalizado» frente al profesional y su actuar, surge el interés de identificar sus expectativas como una manera de capturarlo dentro del proceso, convirtiéndose en una intervención orientada por el grupo o, más bien, construida desde el saber colectivo. Esto genera un replanteamiento continuo de lo planeado donde la flexibilidad marca la pauta.
- Las crisis que se presentan dentro del proceso en cuanto a la relación con el «otro generalizado» motivan permanentemente al profesional a revisar su acción, lo hacen vulnerable frente al cambio y lo llevan a buscar apoyo en otros iguales para confirmar o reevaluar su estilo.
- Romper el vínculo y concluir el proceso de intervención después de todas las «vicisitudes» —utilizando los términos de los relatos— constituyen un factor más de preocupación para el profesional; el apego que se genera a partir de la confianza y tranquilidad proporcionadas por la experiencia crean un sentimiento de resistencia frente al fin inevitable de la relación.

Es en estas consideraciones donde se va formando el autoconcepto con el cual el profesional logra mediar entre sus emociones y la cognición, adaptándose al medio y modificándolo desde una interacción dialéctica cuyo resultado le permite atribuir

significado a la información obtenida de ese «otro generalizado», para confirmar sus preconceptos y vincularlos en determinados constructos, así como revisar aquellos incompatibles para acomodarlos a un sistema creado.

En términos generales, esta experiencia, relatada por quienes la han vivido, muestra un profesional trabajador social que se hace fuerte a partir de identificar la propia vulnerabilidad; su fuerza surge de creer en un quehacer productivo a pesar de las inconsistencias planteadas por una realidad difícil, cruda, que no se escoge, sino que simplemente está ahí para actuar en ella y encontrar caminos de interpretación y cambio. Es un profesional que construye una identidad a partir de abrirse hacia el cuestionamiento y la reflexión, para entender todos los puntos de vista y adoptar un criterio bajo el cual forja su estilo personal ante las condiciones planteadas por sus elecciones.

Bibliografía

Dostoievski, F. 1992. *Crimen y castigo*. Ed. Oveja Negra. Bogotá.

Kimmel, D. 1990. *Adulthood and Aging an Interdisciplinary. Developmental View*. R.R. Donnelley & Sons. New York.

Mead, G. 1934. «Concept of significant symbols». <http://www.home.att.net>

Mead, G. 1934. «Concept of the generalized & significant other». <http://www.home.att.net>

Mead, G. 1934. «Mind, self and society». University of Chicago Press. Chicago.
<http://www.home.att.net>

Osho. 2001. *Creatividad. Liberando las fuerzas internas*. Ed. Debate. Madrid.